

*Reina del carnaval de Riohacha
hasta que muera*

Una pilandera en el corazón de La Guajira

Por Jaime De la Hoz Simanca*

Menudita. De brazos y piernas cortas, y una seriedad que sólo rompe al hablar de sus pilatunas en los carnavales de antaño cuando recorría las polvorientas calles de Riohacha vestida de pilandera o de mariposa. Sonríe, apenas, cuando la pregunta apunta a descifrar el secreto de su edad. Sus amigas de época aseguran que sobrepasa los 87 años, y el periodista Edgar Ferrucho, 64 años cumplidos, afirma que la conoció cuando él tenía 20 y ella 9 lustros más dos años, exactos.

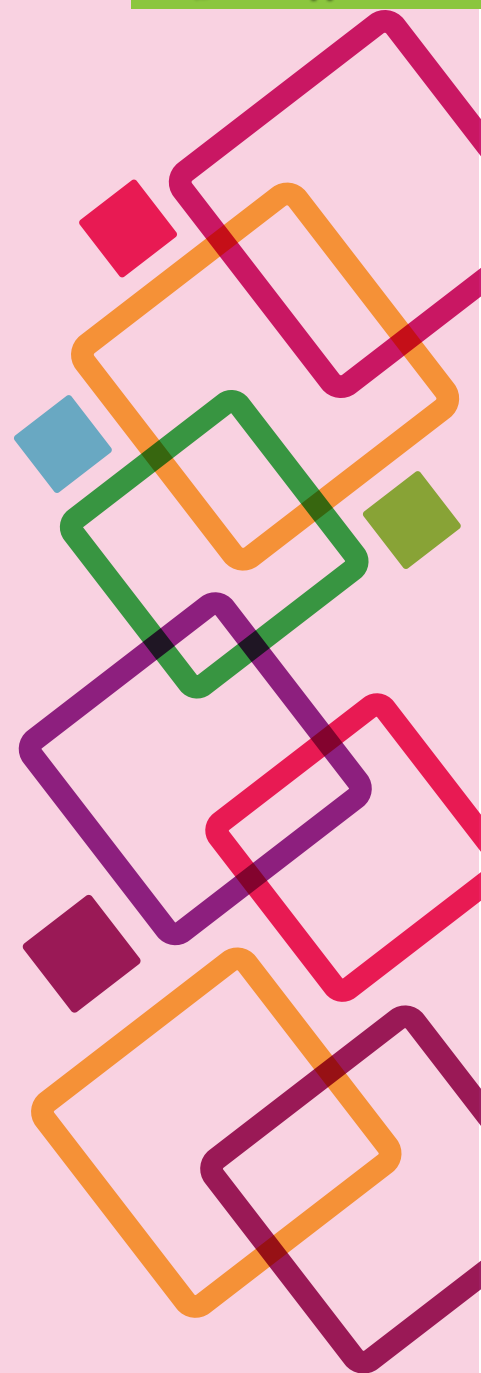
Sin embargo, esta mujer tiene la vitalidad de una cuarentona sin estrenar. Se llama Nohelia Mejía Guerra, pero ese nombre es casi anónimo, y uno más en el desfile de extraños nombres inscritos en el directorio de la capital guajira. En cambio, si usted dice 'La Pipi', todos le dicen que sí, que es la mujer más popular de la región, que es dicharachera e irreverente, que fue concejal, diputada, dama gris, rosada y, en estos momentos, la reina vitalicia del carnaval de Riohacha, uno de los más antiguos de Latinoamérica.

Y si usted pregunta dónde está 'La Pipi', enseguida lo conducen

a una casona moderna de paredes pedregosas, ubicada en la calle cuarta con carrera octava, donde vive con su hermana Aydée desde hace más de 15 años. No la acompañan perros ni gatos, sino recuerdos vívidos de los carnavales que, uno a uno, ha disfrutado hasta la última gota de alegría. Por eso su floristería es, por los días previos al carnaval, un lugar abandonado y ruinoso, de lirios marchitos y claveles sin color, pues su pensamiento está habitado por carrozas, pilones, embarradores, mascaritas, arlequines y toda suerte de representaciones carnestoléndicas.

El pasado 26 de enero aparecieron en vitrinas y paredes de la Avenida Primera unos afiches en los que 'La Pipi' convocaba a los riohacheros para que asistieran a La Quebrá, una especie de lugar sagrado donde, según ella, nació la leyenda de las pilanderas. En efecto, allí estuvo presidiendo, como en las escalinatas de Zalamea, "plena la audiencia y con el río ciñendo los lomos".

La noche anterior me había contado, en la terraza de su casa, que a La Quebrá, hace muchísimos años, iban mujeres y



La presentación de El Anacobero en Riohacha fue en 1956, después de una memorable actuación en Barranquilla, y 24 horas antes de partir hacia Venezuela

hombres a lavar y cocinar cerca del río en medio de anafes y pilones cuyos ruidos se escuchaban en armonía. Entre el gentío había una bella joven de larga cabellera que despertó el amor de un hombre que todas las tardes se acercaba para acariciarle las hebras.

“Un día —cuenta ‘La Pipi’— la joven decidió cortar su cabello para alejar al feo pretendiente, quien perdió la razón por el agravio y desde entonces acompañó a las familias, todos los días, en el regreso silencioso hasta Riohacha, tocando una dulzaina y cantando con voz entristecida:

Yo te quería, y era por el pelo,
Te lo cortaste, y ya no te quiero”.

DE EL ANACOBERO Y ALGO MÁS. Nohelia Mejía debía tener 30 años cuando vio al cantante puertorriqueño Daniel Santos en la tarima de cemento del Teatro Aurora, un monumento arquitectónico que durante varios lustros se constituyó en el símbolo cultural de Riohacha. Allí, en primera fila, escuchó la voz encantada de quien la había seducido a través de las estaciones radiales que hacía fluir la música del Caribe grande.

Según cuenta, permaneció embelesada y en una especie de estado hipnótico al comprobar que al frente suyo estaba la legendaria figura que años atrás había brillado con la Sonora Matancera mediante la

interpretación de boleros ensañadores, guarachas endemoniadas y sones sin igual que aún guarda en su memoria.

La presentación de El Anacobero en Riohacha fue en 1956, después de una memorable actuación en Barranquilla, y 24 horas antes de partir hacia Venezuela. Para entonces, ‘La Pipi’ había disfrutado ya carnavales gloriosos que tuvieron como escenario principal aquel teatro donde el intérprete de Dos Gardenias diseminó su voz al viento. Allí había desfilado ella, años atrás, con disfraces de diseños franceses copiados de las revistas que llegaban de Europa.

Pero el aguijón de los carnavales se había clavado en su vida desde los 17 años, cuando tuvo su primera fiesta en la casa de Alejandrina López Sierra, ubica-

da en la famosa Calle Ancha, y lugar por el que iban y venían ‘Los Embarradores’, una tradición cultural que este 2015 llegó a los 148 años de existencia.

“Con mi primer carnaval, siendo adolescente, supe que ‘Los Embarradores’ tuvieron su origen en un marinero llamado José Laborde Ariza, hijo de un francés y de una guajira. Él observó en uno de los aniversarios de La Toma de La Bastilla la manera como los obreros celebraban el triunfo embarrándose los cuerpos a orillas del río Sena. En 1867 Laborde se embarcó aquí un domingo de carnaval y así empezó todo”, dice.

El descubrimiento de aquella tradición, rondando sus quince años, indujo a ‘La Pipi’ a conocer más sobre unas fiestas de las



que, catorce lustros después, sería su reina vitalicia, es decir, soberana hasta la muerte, monarca sin tiempo, gobernante enmascarada de centenares de miles de súbditos que, en la cotidianidad, la admiran y respetan desde Süchiimma hasta el Cabo de la Vela.

Así, conoció que sus abuelos maternos, Laureano Guerra y Rosario Rivadeneira, habían sido parranderos sin remedio; que sus padres Luis Felipe Mejía y Carmen Guerra Rivadeneira también habían vivido las fiestas hasta el fin de sus días. Y recordó, además, que sus tías le habían enseñado cánticos y versos de carnaval que tarareaba al momento de escuchar las bandas musicales que animaban, casa por casa, la celebración anticipatoria de la cuaresma cristiana.

“Los bailes de carnaval se iniciaban con valeses y se exhibían los disfraces. Se sentía el olor de las colonias, los perfumes y talcos finos traídos de Francia. La música era tocada por bandas que interpretaban conciertos a puerta cerrada. En los tiempos de mis tías las fiestas de carnaval comenzaron a salir a las calles animadas con el baile de El Pilón, esa famosa tonada que en 1912 fue llevada por primera vez al pentagrama,

gracias a mi padre Felipe Mejía”, afirma.

LA MARIMBA Y LAS PILANDERAS. Nohelia Mejía, ‘La Pipi’, tiene una inmensa discoteca con música selecta. En ocasiones escucha a Beethoven y Chopin, sus músicos favoritos. Cuando la nostalgia la invade, recurre a las sonatas para piano, a las sinfonías y oberturas del famoso compositor alemán; o a los valeses y mazurcas del genial pianista polaco de quien supo que, después de su muerte, el corazón le fue extraído para ser depositado luego en una iglesia de Varsovia.

Nohelia se deja atrapar por extraños episodios. Por esa razón no sólo su imaginación viaja por mundos creados a su imagen y

semejanza, sino que, de cuerpo presente, se traslada a lugares que marcan sus recuerdos a fuego vivo. Disfrutó durante un día, en el sambódromo, el desfile infinito de carrozas y danzas del carnaval de Río de Janeiro; vivió las “mojaderas” del Rey Momo de Panamá; y se confundió entre las marimondas y pea peas del carnaval de Barranquilla. Pero todo está en su memoria, pues de ahí no pasa.

—¿Por qué?

—Yo no sueño —responde.

—¿Cómo así?

—Así como lo oye —replica—. Nunca en mi vida he soñado. No sé qué es un sueño ni los colores del sueño.



Creo que tampoco tengo corazón porque jamás he amado a un hombre. Aunque he tenido enamorados...

‘La Pipi’ no está sola. Tal vez lo estuvo en los tiempos de la llamada bonanza marimbera, época tenebrosa en la que los carnavales se suspendieron por el miedo a que las balas perdidas de la noche encontraran víctimas inocentes. Ahora, sin rumbo fijo en la conversación, se transporta a las décadas del setenta y ochenta y recuerda que esos carnavales se redujeron a las fiestas desmesuradas de los marimberos que traían a Riohacha a los artistas de moda con quienes compartían su música en medio de horribles comilonas.

Sin embargo, exceptuando esa década de revólveres enchapados en oro y bultos de marihuana en las rancharías de La Guajira, en la vida de ‘La Pipi’ sobresalen sólo los momentos más gratificantes de los carnavales. Y uno, en especial, por

encima de todos: Las pilanderas.

Entonces, se le agranda la mirada, y la velocidad de sus palabras son una especie de ráfaga que se aproximan al vértigo. Porque es la que más se preocupa por mantener otra tradición que, por momentos, que se diluye como agua entre los dedos.

“Tuve un grupo folclórico en el club Federmann que se llamaba ‘Recordar es vivir’. Siempre he estado muy pendiente de nuestro Pilón porque lo han desbaratado. Lo tocan muy acelerado, como si fuera un mapalé. Ya no lo bailan con elegancia”, afirma.

Ahora se levanta de su silla de mimbre y dice que El Pilón se baila así, con la falda extendida, la mano en la cintura y un pañuelo coqueto que sirve para aumentar el tamaño de la seducción. El movimiento también es así, coquetón, para atraer más al hombre. Enseguida trae dos vestidos de pilanderas y comenta que el más viejo es de tela, tal como los que se usaban para lavar en el río. El otro, de flores, es más moderno.

“Las pilanderas son de aquí, pero se las llevaron para Valledupar. Allá les dicen piloneras. Por el año 1967 vinieron unas damas rosadas a un encuentro, vieron a nuestras pilanderas y luego las transpusie-

ron allá junto con todo y coreografía. Menos mal que no usaron nuestra música, sino una especie de puya que no es rihachera”, señala.

‘La Pipi’ recoge los vestidos y siente que lo ha dicho todo. Yo la veo caminar rumbo a la habitación donde guardará sus reliquias y pienso que sí, esta Nohelia de hacha y machete, ‘La Pipi’, es la reina vitalicia de los carnavales de Riohacha. Hasta que muera. Por eso, creo, vuelve a entonar el canto que aprendió desde su niñez: Quién pilaaa, pilandera; quién muelee, muelendera; pila, pilandera, pila con afán; los bollos calientes, para quién serán; pa’ Pachito Fuentes, Felicia y Adán; pila, pilandera, que ya viene el día; los bollos calientes, pa’l señor Elías... ■

**Periodista profesional. Tres veces galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar y, actualmente, PTC de la Universidad Autónoma del Caribe de Barranquilla.*



Sincretismo y mestizaje

Carnavales de Colombia: una apertura hacia la cultura y la tradición

Colombia posee mucha riqueza cultural, y es un país que le abre las puertas al mundo entero para que conozca sus maravillosos tesoros culturales...

Es preponderante destacar que, en Colombia también existen otras festividades en diferentes regiones, por ejemplo, en Pasto, lugar donde se celebra el Carnaval de Negros y Blancos.

Fotografía: Gerencia Carnaval de Negros y Blancos